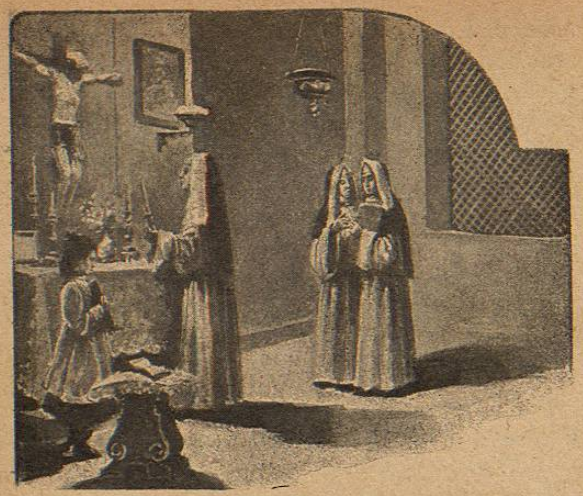
Al fin de esta nueva frase se puso también un punto; pero era un punto raro y extraño, pues era del tamaño de las mismas letras, de tal suerte que mejor parecía una esfera, como representando al mundo. Esto pasaba al acabarse el canto de las letanías, y no es decible la alegría, el entusiasmo, las demostraciones de aquellos buenos campesinos al considerar esta promesa tan misericordiosa, pues mientras unos derramaban lágrimas de ternura, los otros poblaban el aire de gozosas exclamaciones.

Pero ¿cuál era la causa, direis, de tantas demostraciones, y de un gozo tan grande? Para que podais comprenderlo, os diré, amadas niñas, que en aquella época, después de haberse lanzado la Francia en una guerra imprudente, por no estar bastante preparada, comenzaba á pagar sus delitos, y uno de ellos, era, el haber contribuído al despojo del Sumo Pontífice: Dios la castigaba con sangrientas derrotas, y el enemigo se derramaba en su seno como un torrente; la tercera parte de la nación se hallaba bajo la dominación de la Alemania, y el resto aguardaba pronto la misma suerte. El mismo día que esto pasaba en Pontmain, el ejército prusiano hacía llegar sus avanzadas hasta cerca de Laval, á cuyo Obispado pertenecía aquella aldea, y á media legua de la ciudad se oían los cañonazos de los enemigos. ¡Cuál sería, pues, la esperanza de aquellos buenos cristianos en tan críticas circunstancias, cuando el cielo, de un modo tan prodigioso les mandaba tan dulce promesa! *Dios os escuchará en poco tiempo.* Y tan cierto salió el anuncio, que tres días después las tropas se replegaban, dejando libre aquella comarca, y quince días más tarde, esto es,

el 28 de Enero, se concluía lo que se llama un armisticio, y se firmaban los preliminares de la paz.

Mas dejemos en su alegría á este piadoso vecindario, y notemos, queridas niñas, cómo al cantarse las letanías, donde se dice "Cristo, óyenos, Cristo, escúchanos" la aparición como que contestaba: "Dios os escuchará según se lo pedís". Pero ¿quién es la que hace esa promesa? Es la Virgen María, pues que á ella le decimos: "santa María, santa Madre de Dios, Ruega por nosotros", y seguimos á cada título repitiendo el mismo clamor y la misma súplica: *ora pro nobis.* Como que responde, "es tan cierto que ruego por vosotros, que por mis ruegos, ardientes y repetidos, he conseguido del Señor que os escuche; y he querido bajar á daros tan feliz nueva. Y aun más, no solo he alcanzado que os escuche, mas también que no tarde en socorreros, sino que os oiga y remedie, *en poco tiempo.*" Por aquí vereis, niñas, cuan buena es nuestra dulce Madre, y cuántas cosas nos consigue con Dios, y cuan bueno es rezarle su rosario y sus letanías, pues á los gritos tan repetidos que allí le damos, no es posible que permanezcan duras sus entrañas, ni sordos sus oídos maternales. Invocadla, pues, tomadla por Madre, sed fieles en sus prácticas, y no olvideis consagrarle de un modo especial el día del sábado.

Hasta el otro, mis buenas amiguitas!



SEXTO DOMINGO

Vida de una Santita de nueve años

VI

Adorno de la capilla.—Llegan el señor Obispo y las madrinas.—En la puerta del Templo responden las niñas á las preguntas.—Reciben el Bautismo.—Cambian sus trajes.

Nuestros deseos fueron plenamente realizados: llegó por fin el día 23 de Abril, ese bello día tan impacientemente esperado, y la gracia de la regeneración, objeto de los votos de las dos niñas hacía tanto tiempo, les fué solemnemente

conferida. Ved aquí cómo se ejecutó la ceremonia.

Nuestra capilla estaba adornada lo mejor posible; dos mesas guarnecidas con magnificencia ocupaban el santuario cerca del altar; una debía recibir los objetos necesarios para la administración del sacramento, como los Santos Oleos; en la otra estaban los vestidos blancos, los velos, guirnaldas de flores y otros preciosos objetos; todo colocado en los términos convenientes; sobre el altar se veían los ornamentos pontificales. Una numerosa guardia vigilaba el orden en medio de la gran multitud que tan piadosa curiosidad había atraído.

A las diez de la mañana llegó el venerable Prelado de la diócesis, Monseñor Rinaldi, seguido de los señores Canónigos de la Catedral: al mismo tiempo salían por la puerta del claustro las dos niñas africanas, Lemona y Amna, con el traje de su nación, acompañadas de dos respetables y virtuosas señoras que á invitación mía se habían prestado á ser sus madrinas. Las catecúmenas caminaban con paso grave, juntas las manos, los ojos bajos y en una actitud tan recogida, que sólo su vista hacía derramar lágrimas de devoción. El trayecto de la puerta del monasterio á la entrada de la iglesia estaba decorado con colgaduras de festones y otros adornos del mejor gusto.

Las niñas se detuvieron luego que llegaron al umbral del recinto sagrado. Entre tanto, Monseñor, habiéndose adelantado hasta el altar, acababa de revestirse los ornamentos pontificales de color violado y una mitra sin adorno. Estando todo listo, entonó Su Señoría el *Deus in adjutorium* con voz solemne; al instante comenzó la música y en toda

la iglesia resonó el canto de los salmos que deben preceder á la administración del santo bautismo.

Luego que terminó el canto, el venerable Prelado se adelantó con magestad hacia la puerta de la Iglesia; allí, sentado y á la cabeza de un numeroso clero, en presencia de una gran multitud y en medio de un silencio profundo, dirigió sucesivamente á las jóvenes catecúmenas las preguntas de costumbre. Las dos niñas respondieron con tanta prontitud y energía, que todos quedaron llenos de admiración. Lemona recibió el nombre de María, y Amna el de Josefina.

Asegurado de su fe y de su deseo del bautismo, tomó Monseñor por la mano, primero á la mayor, y después á la menor, las introdujo en la iglesia, y mientras la orquesta ejecutaba una pieza deliciosa, las acompañó hasta el pie del altar donde tomó los ornamentos blancos, con una mitra más rica y el báculo pastoral; allí se sienta, reitera las preguntas, recibe las respuestas y hace correr, por fin, sobre la frente de las dichosas niñas el agua vivificante del bautismo; inmediatamente después las despoja de las señales de su antigua esclavitud y les viste un traje blanco, cubre su cabeza con un velo y les coloca una guirnalda de rosas; todo deslumbrante de blancura, símbolo de la inocencia; luego se les dió una vela encendida, figura de la luz de la fe que ya brillaba en sus almas.

Entonces, las dos neófitas se retiraron del altar y vinieron á ocupar los asientos que se les tenían preparados. Monseñor, después de un discurso muy tierno que hizo derramar muchas lágrimas, terminó la augusta ceremonia con el canto

del *Te Deum* y con la bendición del Santísimo Sacramento. Su Señoría, habiendo bajado del trono pontificio, se acercó bondadosamente á las dos niñas neófitas y colgó á su cuello un hermoso Crucifijo de plata, artísticamente trabajado; era como la prenda sagrada y el sello real de santa alianza que sus almas virginales acababan de contraer con Jesucristo en las aguas regeneradoras del bautismo.

El excelente prelado, á pesar de su gran fatiga, tuvo la extremada complacencia de llevar él mismo á nuestra casa á los dos angelitos; al entregármelas me dijo algunas palabras llenas de unción, que le dictaban los sentimientos de fe de que estaba penetrado; enseguida nos dió su paternal bendición dejándonos embriagadas de dicha. Después de algunos momentos de reposo, hizo venir al locutorio á las nuevas hijas de Dios; yo le observé durante su conversación con ellas, y estaban sus ojos llenos de lágrimas.

El señor capellán, presente á esta escena, no estaba menos conmovido; el digno sacerdote no había excusado fatigas ni penas para preparar á las niñas á la gracia del santo bautismo, y para hacer lucir la augusta ceremonia, la cual se acababa de ejecutar según sus deseos; y las criaturas estaban delante de él regeneradas y cubiertas con la vestidura blanca de la inocencia. En la misma mañana vinieron ellas mismas á buscarme, rogándome las bendijera.

—Mamá, ¿nos haces un favor?

—Sí, queridas niñas, ¿desean ustedes alguna cosa?

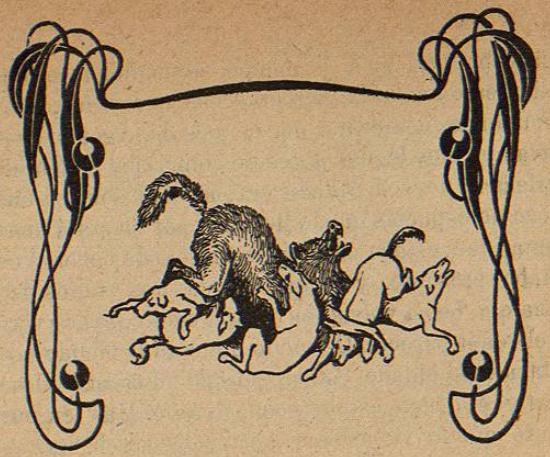
—Enséñanos la iglesia y el altar, y todas esas cosas tan preciosas del Obispo, que han servido

para el santo bautismo, pues entonces no pensábamos más que en Jesús y en responder bien.

Las niñas decían verdad, pues en toda la ceremonia, la cual duró dos horas y media, habían estado tan recogidas y tan modestas, que nadie les había visto levantar una sola vez los ojos, ¡cosa admirable en su edad y con su natural ardiente é incapaz al parecer de tanto recogimiento y tanta constancia!

Vuelvo á mi relación. Nuestra querida Josefina, en la época de su bautismo, apenas había salido de una enfermedad; yo temía mucho que no pudiese soportar la fatiga de tan larga ceremonia, pero la niña había asegurado siempre que podría, y su esperanza no fué engañada; y la gracia del bautismo como que derramó en ella con nuevas fuerzas y un no se qué de divino que se veía brillar en toda su persona.

Ved qué grande, qué hermoso es el Bautismo. Dadle gracias á Dios muchas veces, niñas cristianas, de que os ha hecho la gracia de recibir desde recien nacidas este precioso sacramento y frecuentad la devota práctica de la renovación de los votos y promesas del Bautismo, muy oportuna principalmente en el día aniversario de nuestro nacimiento. Las niñas desagradecidas no serán buenas cristianas.



LOS ANIMALES

VI. Los perros.—Tres cosas señaladas de un lebrel, hermosamente aplicadas á la vida cristiana.

Mas ya que la necesidad del mantenimiento nos obligó á tratar de los canes, añadiré aquí otra cosa, la cual servirá, no para solo aquellos que anhelan á la perfección de la vida cristiana, la cual ví representada tan al propio en un lebrel, que no había más qué saber ni qué desear. Porque en él ví estas tres cosas que diré. La primera, que nunca jamás por jamás se apartaba de la compañía de su señor. La segunda, que cuando alguna vez el señor mandaba á alguno de sus criados que lo apartasen de él, gruñía y aullaba: y si lo tomaban en brazos para apartarlo,

perneaba con piés y manos, defendiéndose de quien esto hacía. La tercera cosa que ví fué, que caminando este señor por el mes de Agosto, andadas ya tres leguas antes de comer, iba el lebrel carleando de sed. Mandó entonces el señor á un mozo de espuelas que lo llevasen por fuerza á una venta que estaba cerca y le diesen de beber. Yo estaba presente, y ví que á cada dos tragos de agua que bebía volvía los ojos al camino, para ver si el señor parecía. De modo que aun bebiendo no estaba todo donde estaba, porque el corazón, los ojos y el deseo estaban con su amo. Mas en el punto que lo vió asomar, sin acabar de beber, y sin poder ser detenido un punto, salta y corre para acompañar á su señor. Mucho había que filosofar sobre esto. Porque el Criador no sólo formó los animales para servicio de nuestros cuerpos, sino también para maestros y ejemplos de nuestra vida: como es la castidad de la tórtola, la simplicidad de la paloma, la piedad de los hijos de la cigüeña para con sus padres viejos, y otras cosas tales. Mas volviendo á nuestro propósito, si el amador de la perfección tuviese con su Criador estas tres cosas, que este animal tan agradecido tenía para con el señor que le daba de comer por su mano, había llegado á la cumbre de la perfección.

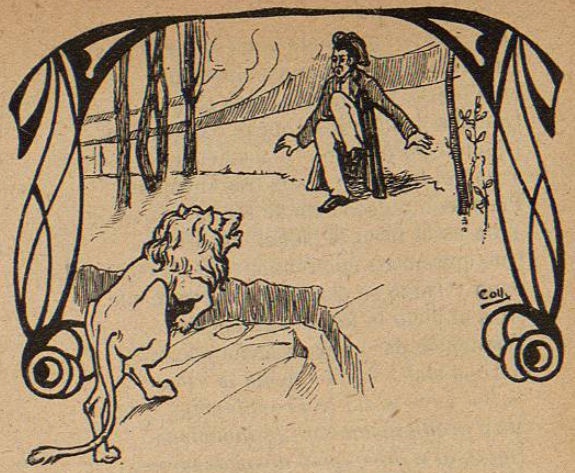
Entre las cuales la primera es, que nunca se aparte de él, sino que todo el tiempo cuanto humanamente le sea posible ande siempre en la presencia de él, de modo que ni jamás lo pierda de vista, ni pierda la unión actual de su espíritu con él, haciendo á su modo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo, que es estar siempre actualmente amando, y reverenciando, y adorando,

y alabando aquella soberana Magestad. Si esto hiciere, habrá llegado á la última perfección y felicidad de la vida cristiana. Esta perfección pedía San Agustín á Nuestro Señor en una de sus meditaciones por estas devotísimas palabras: "En tí, Señor, piense yo siempre de día; en tí sueñe durmiendo de noche; á tí hable mi espíritu, y contigo platique siempre mi alma. Dichosos aquellos, cuya esperanza eres tú, y cuya vida es una perpétua oración." Esta es, pues, la primera obra de perfección que nos enseña aquel animal que nunca se aparta de su señor.

La segunda es, que como este animal sentía tanto el apartamiento de él, así el amador de la perfección sienta mucho todo aquello que lo aparta de esta felicísima unión con Dios como lo sentía el bienaventurado San Gregorio Papa: el cual, viendo que las ocupaciones del oficio pastoral le divertían algún tanto de esta actual unión con Dios, se lamenta y queja de sí mismo en el principio de sus diálogos, por estas palabras: "La miserable de mi alma, lastimada con la herida de las ocupaciones que consigo trae el oficio pastoral, acuérdase de aquella vida quieta de que gozaba en el monasterio: cómo entonces tenía debajo de los piés todos los bienes de esta vida; cómo estaba más alta que todas las cosas que ruedan con la fortuna; cómo no sabía pensar más que en las cosas del cielo; cómo deseaba la muerte que á todos es penosa, por ir á gozar de la vida, eterna." Veis, pues, aquí expresada la segunda cosa que este can nos representa, cuando aullaba y perneaba, porque le apartaban de su señor. Mas la tercera es la más árdua, y en que está toda la fuerza de este negocio: la cual es, que así como

este can renunció el gusto que recibía en el beber, por no perder un punto de la compañía de su señor, así el perfecto siervo de Dios ha de cortar por todos las gustos, y afecciones, y cuidados, y codicias y negocios, y ocupaciones demasiadas que le fueren impedimento de esta beatísima unión, si no fuere cuando la obediencia, ó la necesidad de la caridad le obligare á ello, y aun en este tiempo ha de trabajar todo lo posible por no apartar los ojos del alma, de la presencia de su señor. Esta tercera cosa muestra David que hacía cuando decía: *Que había renunciado su alma todas las consolaciones de la tierra, y ocupádose en pensar en Dios, con cuya memoria había recibido tan grande consolación, que su espíritu desfallecía con ella.* Esto es propiamente morir al mundo, para vivir á Dios: esto es dejarlo todo, para hallarlo todo en sólo él. Y si esto hacía este can por un pedazo de pan que recibía de la mano de su señor, ¿qué será razón hagas tú, hombre desconocido, por aquel Señor que te crió á su imagen y semejanza, y te conserva con el beneficio de su providencia, y te redimió con su misma sangre, y te tiene aparejada su gloria, si no la perdieres por tu culpa?

(Fr. Luis de Granada.)



6.ª Fábula

El León y el Caminante

Un caminante se encontró en un día
Con un león que en busca de la presa
Rugiendo de impaciencia y de alegría,
Al mirarlo sacude la cabeza.
Echóse á huir el pobre caminante,
Y las crines feroces agitando
El león le persigue amenazante;
En un juncal el hombre penetrando
Que á los bordes de un río se encontraba
Otro horrible peligro le amenaza:
Un cocodrilo enorme allí asomaba
La boca abriendo en busca de la caza
Y á triturarle al punto se prepara.
Va el caminante atrás, y el león se acerca
Y entre su enorme y furibunda cara
Ve sus ojos brillar de sí muy cerca.

Qué hacer? Por dónde huir? El hombre yerto
Irremediablemente créese muerto,
Mas luego, va mirando, cosa rara!
Que sus dos adversarios se contemplan:
Uno al otro furiosos se acometen,
Y con el hombre ya sus iras tiemplan
Pues león y cocodrilo se arremeten,
Y tal es el furor de aquel embate
Que entrambos mueren en el cruel combate!
Sano y salvo se encuentra el caminante:
Alza al cielo la frente agradecida,
Y antes de dar un paso hacia adelante,
A Dios alaba á quien debió la vida.
Salva áveces así la Providencia,
Muy prodigiosamente la inocencia,
Dejando á los impíos despedazarse
Y cual bestias feroces, devorarse.

9.ª ADIVINANZA

Son unas niñas
Que aunque parleras
Mas siempre tienen
Las lenguas quietas.
Cuando ellas hablan
Las gentes buenas,
Más silenciosas
Y atentas quedan.
A un Rey muy grande
Luego demuestran,
Y siempre avisan
Cuando se ostenta:
Cuando á su pueblo

La faz serena
Vuelve algún rato
Largo hablan ellas;
Mas en volviendo
A la aula régia
El mismo príncipe
Ellas se aquietan.
En días comunes
Sólo una suena,
Mas en las fiestas
Varias se agregan.

SEXTO SÁBADO

Nuestra Señora de Pontmain

Tercera parte de la inscripción.—Varios cánticos.—El Crucifijo.—Desaparece la visión.

Niñas: Después de cantadas las letanías, entonaron la *Inviolata*, que es una antífona muy hermosa en honor de la Virgen inmaculada, que empieza con esa palabra, y entonces vieron los niños que comenzaban á formarse nuevas sílabas en una segunda faja ó nuevo renglón debajo del primero: como á la mitad del canto leyeron estas dos palabras: MI HIJO, lo que les hizo exclamar: "claro es que la hermosa Señora que estamos mirando, es la madre de Dios." Sí, sí, clamaba la multitud, ella es, ella es, es la Virgen María! Continuaron la antífona, y después siguieron cantando la Salve Regina, y las letras seguían, y seguían, apareciéndose y formándose; hasta que, al fin del canto los niños leyeron: MI HIJO SE DEJA MOVER. Todos los asistentes, sumamente impresionados, guardaban silencio, llenos de gratitud y de confianza en aquella consoladora expresión. Vamos entonando un cántico en honor de la Santísima Virgen, dijo el venerable Cura, y Sor Eduarda comenzó un cantar que decía:

Madre de la esperanza
Pues tan dulce sois vos,
Proteged nuestra Francia,
Rogad, rogad por nos.

Parece que este cántico le fué muy agradable á la Virgen inmaculada, porque entonces comenzó á mirar á los niños con una sonrisa cada vez más dulce y más graciosa. "Mirad cómo ríe! mirad cómo ríe!" decían los niños, "oh y cuán linda es, y cuán preciosa!" Diez minutos después de terminado el cántico, desapareció completamente el letrero. Entonces comenzaron á cantar otros versos que decían:

Oh mi Jesús dulcísimo! el tiempo ya ha llegado
De conceder perdón al hombre arrepentido;
Nunca más de nosotros ya serás ofendido,
Así lo prometemos, ¡oh mi Jesús amado!

Los niños echaron de ver que mientras esto se cantaba, la Santísima Virgen iba tomando un aire de tristeza, como si pensase entonces en las innumerables y enormes iniquidades de los hombres. Vieron en seguida irse formando una cruz roja, como de tres cuartas de tamaño, con un Crucifijo del mismo color; y luego la Virgen tomándolo en sus manos, y teniéndolo un poco inclinado hacia los niños, como que hacía ademán de mostrárselos ó representárselos. Debajo del Crucifijo y con letras también rojas, decía: JESUCRISTO. Al punto

una de las estrellas que estaban debajo de la Santísima Virgen, desprendiéndose del grupo, fué á encender cuatro velas que se miraban junto á la Señora, dos, á la altura de sus rodillas, y dos, á la de sus espaldas. Cantaron entonces el *Ave maris Stella*, y durante él desapareció el Crucifijo, y la Aparición volvió á tomar el aspecto de la Inmaculada Concepción, y á sonreir dulcemente á los niños. Concluído esto dice á todos el señor Cura: "Hijos míos, vamos ahora á rezar juntos las oraciones de la noche." Así lo hicieron y al llegar al examen de conciencia que forma parte de esas plegarias, fué saliendo un velo blanco por debajo de los piés de la Santísima Virgen, el cual la fué envolviendo hasta que desapareció. Eran las ocho y tres cuartos de la noche, y la visión había durado dos horas y media.

Aquí tenemos, niñas, muchas cosas que notar: 1.°, ¡cuán hermosos son los cantos á la Santísima Virgen, y cuán agradables le son! 2.°, cuán legítimo es el culto que le tributamos, y cuán bueno es encender velas ó lámparas á sus imágenes, pues las estrellas bajan á encenderlas; 3.°, cuán dignos de llorar son los pecados, pues á ella misma, que es causa de nuestra alegría, la entristecen; 4.°, cuán bueno y digno es para los niños tener un Crucifijo, y meditar en su Pasión, pues la Santísima Virgen se los muestra y presenta; 5.°, cuánto le agrada el Himno del Ave maris Stella, que para que lo aprendais de memoria y lo receis, os lo pongo aquí despidiéndome hasta el sábado inmediato.

El Ave Maris Stella

¡Ave, del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Virgen siempre y por siempre
Puerta del cielo santa!
Ya que el ave del ángel
Escuchas humillada,
Funda en paz á tus hijos,
Y el nombre de Eva cambia.
Al reo sus lazos suelta,
Al ciego da luz clara,
Nuestros males ahuyenta,
Todo bien nos alcanza:
Muestra que tú eres Madre;
Por tí nuestras plegarias
Reciba el que ser quiso
Fruto de tus entrañas:
Virgen única en todo,
De todas la más mansa,
Suelta el alma de culpas
Hazla tú mansa y casta.
Préstanos vida pura
Y vía segura y llana,
Por ver á Jesús juntas
Y alegres nuestras almas.
Sea alabanza á Dios Padre,
Y á Jesús honra dada,
Y al Espíritu igualmente,
Trinidad una y santa. Amén.

SÉPTIMO DOMINGO

Vida de una Santita de nueve años

VII

Desea la Confirmación.—Se aplica al estudio para lograrla.—Confiésala el Obispo y confírmala.—Una anécdota graciosa.

Los gérmenes de piedad cristiana que la mano de Dios acababa de depositar en el corazón de Josefina, no tardaron en desenvolverse de una manera sensible. Luego que veía á Monseñor le decía: Querido Obispo, querido papá, dame la Confirmación.

—Pero, hija mía, comienza por regocijarte de la felicidad del bautismo, que ha arrojado al demonio de tu corazón; y ¿no estás contenta todavía?

—Sí, querido Obispo, estoy muy contenta, ya no tengo al demonio en el corazón; pero él procura manchar mi alma y no tengo bastante fuerza para combatirlo.

—Bueno, pues estudia el catecismo con empeño, y si para Pentecostés estás ya preparada, yo vendré á confirmarte.—A estas palabras, ya no cabía de gozo la sencilla niña.

—Gracias, muchas gracias, exclamaba palmoteando con sus manecitas; yo estudiaré mucho y aprenderé pronto, porque el ángel de la Guarda me ayudará.

En efecto, Josefina redobló su aplicación; pero en el intervalo fué atacada de una grave enfermedad, de la cual apenas se había levantado la víspera de Pentecostés: su seguridad de recibir la confirmación no fué perturbada. "No tengo miedo, decía sin cesar; Jesús me ayuda, Jesús me da fuerzas."

Pocos días antes de la fiesta, vino Monseñor á ver á las dos neófitas.

—Querido Obispo, le dijo inmediatamente Josefina, para la Confirmación me confieso contigo.

—Yo también lo quiero, hija mía.

—¿Cuándo vendrás?

—En la misma mañana de la fiesta, antes de misa.

—Muchas gracias: en el ínterin me prepararé como conviene.

El día fijado oyó Monseñor su confesión y la confirmó.

La angélica niña se presentó á la ceremonia con el vestido blanco de su bautismo, pues tenía